

La picaresca mistificada: el *Gil Blas* de Lesage

FELIPE REYES PALACIOS

Iniciado en la lengua y literatura españolas hacia los treinta años de su vida, el francés Alain-René Lesage (1668-1747) dedica gran parte de su trabajo como escritor a explotar la rica veta que había hallado, ya traduciendo novelas como *Guzmán de Alfarache* y el *Quijote* de Avellaneda, o haciendo “arreglos” del teatro de Lope, Calderón y Francisco de Rojas, pero también “imitando” o refundiendo otras obras de la tradición picaresca como *El diablo cojuelo* y *Estebanillo González*. Alcanzó fama principalmente por dos comedias originales, *Crispín, rival de su señor* y *Turcaret*, y por la novela que llama nuestra atención, la *Historia de Gil Blas de Santillana*, publicada en cuatro tomos en un lapso que va de 1715 a 1735, y que es considerada como el antecedente inmediato de nuestro *Periquillo Sarniento*.

Después de haberse discutido la cuestión a lo largo del siglo XIX,

se reconoce ahora que su autor volvió a refundir en ella, muy libremente, diversos materiales literarios e históricos: episodios de la *Vida del escudero Marcos de Obregón* (de Vicente Espinel) y de otras novelas picarescas, así como información sobre cosas de España, tomada de libros históricos, geográficos, de viajes, etcétera. Sin embargo, su primer traductor al español, el padre Francisco José de Isla, alega en el prólogo a su versión (1787-1788) que se trata de un vulgar plagio, en este caso de un “escrito anónimo y de autor desconocido”, pero de origen español. Actualmente disponemos de ella en México por la edición que hizo la editorial Porrúa en 1973 (Col. “Sepan Cuántos. . .”, núm. 247; de aquí provienen nuestras citas). Ésta fue, sin duda, la versión que conoció Fernández de Lizardi. Por ello, nos interesa ver cuál es el sentido, y cuáles los móviles, de la apropiación que Lesage lleva a cabo.

Digamos que, en principio, la novela de Lesage coincide con la tradición picaresca en términos

generales. Se narran en ella, en forma autobiográfica, las andanzas de un adolescente pobre que es enviado a estudiar a la universidad de Salamanca, pero que nunca llega ahí, tanto por la multitud de incidentes que le ocurren, como porque pronto adquiere gran afición a ganarse la vida sin demasiadas fatigas. Naturalmente, pasa con frecuencia de un amo a otro y, como sucede en la picaresca tradicional, sus amos integran una colorida galera de vicios y defectos. En esto Lesage resume y parece hacerlo eficazmente la intencionalidad satírica y a veces moralista de la tradición de que se vale.

Desfilan en su novela, por ejemplo, los venales representantes del aparato de administración, destilando corrupción en cada uno de sus actos; los médicos que, atentos a su pedantería escolástica y a sus mezquinos intereses, llevan a cabo prácticas casi genocidas; los petimetres disipados, inútiles del todo e indiferentes aun a su propio interés; los actores españoles, de depravada

FELIPE REYES PALACIOS: *Profesor-investigador invitado en la Facultad de Humanidades de la UAEM.*

conducta y de muy mediocre desempeño profesional, etcétera. Logra Lesage, en esta vena, caracterizaciones acertadas y momentos estimables que, por su intención irónica, nos recuerdan con claridad la estirpe literaria de que provienen. Como la siguiente descripción de la casa de una actriz: "¡Qué lujo! ¡qué magnificencia! Parecióme que entraba en el cuarto de alguna Virreina, o por mejor decir, creí estaba viendo todas las riquezas del mundo amontonadas en aquel cuarto. Lo cierto es que había en él lo más precioso de todas las naciones, tanto que se podía definir con mucha propiedad: *el templo de una diosa, a cuyas aras ofrecía todo caminante lo más raro y más precioso de respectivo país*. Descubrí la deidad majestuosamente sentada en un almohadón de brocado carmesí con franjas de oro. Era bella y corpulenta, porque había engordado con el humo de los sacrificios" (p. 136).

Se llega a dar en el *Gil Blas*, incluso, respecto de la picaresca, una dilatación en el radio de sus observaciones, pues incluye los dos núcleos vedados en forma absoluta a los novelistas españoles del XVI y el XVII, esto es, el alto clero y los estratos superiores de la nobleza. Como Lesage era francés, bien podía permitirse describir la corrupción gubernamental de un país que no era el suyo y que, por si fuera poco, estaba ahora bajo la administración de los Borbones, en tanto que los gobiernos a los que él se refería eran de la casa de los Habsburgo. Gil Blas de Santillana se introduce en estos altos círculos, hacia la mitad de la novela, primero como secretario del duque de Lerma, el valido de

Felipe III. Ahí se entera del procedimiento acostumbrado para la concesión de gracias; el duque le explica que "cada libro contiene por orden alfabético en compendio la historia de todos los hidalgos del reino, en la cual se especifican los servicios que ellos y sus antepasados han hecho al Estado, como también los negocios de honor que les han ocurrido. También se hace mención de sus bienes, costumbres, y en una palabra, de todas sus buenas o malas cualidades; de modo que cuando piden de algún modo algunas gracias, veo de una ojeada si las merecen. A este fin tengo asalariados en todas partes, que procuran informarse e instruirme enviándome sus memorias; pero como vienen tan difusas y llenas de expresiones provinciales, es necesario compilarlas y pulir la dicción, porque el rey hace algunas veces que le lean estos registros. Este trabajo pide un estilo limpio y conciso, por lo cual desde este instante quiero emplearte en él" (p.309).

Gil Blas lee entonces un primer informe, redactado por un fraile, sobre el que reflexiona lo siguiente: "Afectado por Su Reverencia el estilo de un hombre de bien, desgarraba sin misericordia a una buena familia catalana, y sabe Dios si diría la verdad. Me pareció leía un libelo infamatorio. . ." (p.309).

Nuestro personaje, finalmente, entra de lleno a la corrupción, sirviendo de alcahuete en los amoríos del príncipe heredero (táctica sugerida por el duque para garantizarse la correspondencia del futuro rey de España), y haciendo de su posición una fuente de lucro: "yo

iba por un lado, Scipión por el otro, buscando ocasiones de servir por el dinero. Mi caballero de Calatrava tuvo el gobierno de Vera por sus mil doblones, y bien presto hice conceder otro por el mismo precio a un caballero de Santiago. No me contenté con hacer gobernadores, di órdenes de caballería, convertí algunos buenos plebeyos en malos hidalgos con excelentes títulos de nobleza; quise también que la clerecía percibiese mis beneficios: conferí pequeños curatos, canongías (*sic*) y algunas dignidades eclesiásticas. En orden a los Obispos y Arzobispos era el colator de ellos don Rodrigo de Calderón, y además nombraba los magistrados, encomiendas y virreinos; lo que prueba que no se proveían los empleos grandes mejor que los pequeños. . ." (p. 325).

Este tono de denuncia, que pudiera tomarse como expresión inequívoca de una conciencia social comprometida, queda en realidad diluido y resulta inconsecuente por obra y gracia de la otra vertiente narrativa que Lesage sigue, y con la cual agobia al lector, mediatizando su conciencia crítica. He aquí un factor notorio de la mistificación de la picaresca, que tiene que ver con la estructura narrativa. Se trata, en primer lugar, de las abundantes historias secundarias que se intercalan y entretajan con la historia del protagonista. Tales historias son todas ellas de un franco tono melodramático; rezuman sensiblería y abundan en todos los recursos que forman el bagaje común de muchos autores "de oficio". Así la historia de un príncipe polaco que, habiendo sido "ofendido" por un noble español (se enredó con su

concubina, no precisamente con su legítima mujer), le reta a duelo; y habiéndole perdonado generosamente el español (espada del español en garganta de príncipe), el susodicho polaco lo casa con su sobrina. O la triste historia de los enamorados que, ipso facto la desgracia de que uno de ellos hereda un Estado!, no pueden casarse; y antes de que su lamentable fin llegue, pasan por aquello de que: "Fue tan violento su transporte que todos los sentidos del cuerpo y todas las potencias del alma quedaron suspensos. Helado su cuerpo, frío y pálido, se dejó caer entre los brazos de Leoncio [su padre]" (p. 158). Desgarrándose el alma con parlamentos como el de: "¡Y tú, pérfido amante, tú te has entregado a otra después de haberme prometido a mí una eterna fidelidad! ¿Tan presto te olvidas de la fe que me prometiste? Quiera el cielo que en castigo de tu cruel engaño el lecho conyugal, que vas a manchar por medio de un perjurio, se convierta en teatro de crueles remordimientos en vez de los lícitos placeres que esperas" (p. 159).

No es difícil discernir a qué clase de lectores estaban destinadas tales historias. Aun sin disponer de estadísticas que clasifiquen la posición social de los lectores de Lesage, no es nada aventurado afirmar que la mentalidad a que corresponden es la burguesa.

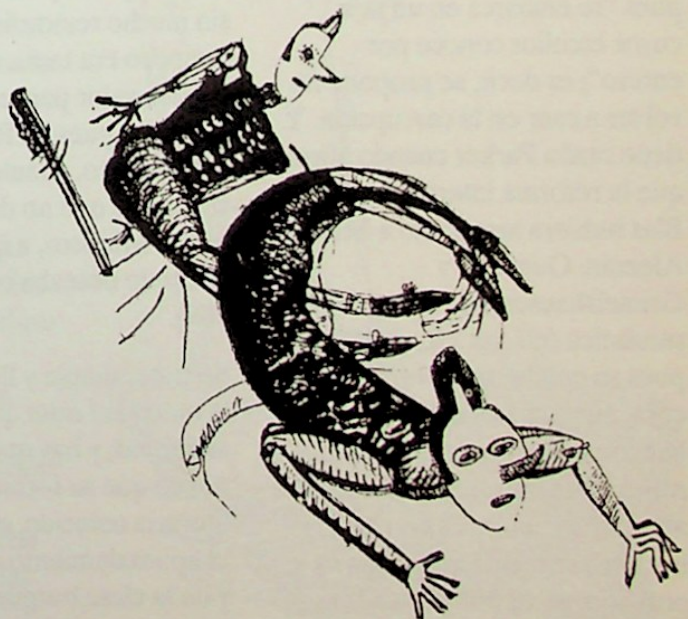
Al afianzar su poderío económico, la burguesía pretende perfeccionar su condición y su prestigio asumiendo el gusto y la sensibilidad aristocráticos. "Ésta es la más sorprendente transformación de toda la historia del género picaresco, que, ahora

—afirma Alexander A. Parker—, viene a patrocinar el culto aristocrático de la urbanidad, del decoro y de la elegancia social en la literatura" (*Los pícaros en la literatura*, Gredos, 1971, p. 181). El culto aristocrático se observa, por supuesto, en las historias secundarias de que hemos hablado, pues casi todas se desarrollan en los círculos de la nobleza, en cortes absolutamente ahistóricas donde los mayores problemas no tienen nada que ver con la dialéctica social, sino únicamente con las peligrosas vicisitudes a que se ven expuestos la honra personal, el amor, los derechos de los primogénitos, la fidelidad y toda la ralea de los afectos tiernos.

Resulta entonces que el estilo literario se suaviza, tal y como lo describe Parker: "Encontramos en ella cualidades formales que Alemán y Quevedo no poseen: modales elegantes, estilo de urbana nitidez, amable humor, ironía suave y agradable, a todo lo cual se une el don de la observación exacta y el sentido del pormenor sobriamente realista. Son cualidades que hacen más fácil la lectura, ciertamente, pero que nos dejan una imagen pálida y dulzona del mundo picaresco" (p. 180).

La
mistificación

de la picaresca se da sobre todo en el desenlace de la novela, que se inicia con la pretendida conversión de Gil Blas. Habiendo sido "purgado" de la corte de Felipe III y luego de probar las hieles de la prisión, Gil Blas decide comprar una casita de campo y vivir en adelante sencilla y frugalmente. Pero escapa a tal destino, pues uno de sus primeros amos, para quien había obtenido el gobierno de Valencia, le regala un castillo en Liria, el cual produce la nada desdeñable renta de quinientos ducados al año. Ahí se nos manifiesta el Gil Blas exquisito que ha llegado a ser; su criado le deleita al decirle que: "Hay en esta librería bellísimos libros, los que dejaron a Vmd. los señores de Leiva como el recurso más seguro contra la melancolía, y para divertir el tiempo cuando despojados los jardines de flores y los árboles de sus verdes hojas, no se sabe en qué ocupar las horas ni distraer el pensamiento de cuidados que nos molestan. Los señores de Leiva no saben hacer las cosas a medias. Atentos a todo



no fueron menos generosos en dejar noble pasto al entendimiento, que en proporcionar a la parte animal las mayores conveniencias" (p. 388).

Ello a pesar de que no le conocíamos a Gil Blas tal afición por la lectura; aunque ciertamente vamos advirtiendo en él una "superación" bastante sospechosa: sabemos que en su adolescencia llegó hasta los estudios de gramática latina; vemos luego que un arzobispo le hace su secretario debido a su excelente caligrafía; más adelante sorprende al duque de Lerma con una notable capacidad para redactar y, por último, es el principal redactor de los panfletos políticos del nuevo gobierno de Felipe IV. Aburguesado Gil Blas, Lesage no tiene más remedio que esforzarse en depurar la inteligencia y la sensibilidad de su personaje.

Gil Blas regresa posteriormente a la corte, donde puede volver a colocarse como secretario del valido, que ahora es el conde de Olivares. Pero esta vez lo hace con "más confianza en su virtud", pues "se embarca en un mar cuyos escollos conoce por entero"; es decir, se propone no volver a caer en la corrupción. Y tiene razón Parker cuando afirma que la reforma interior de Gil Blas hubiera arrancado a Mateo Alemán, Quevedo y Grimmelshausen una carcajada sarcástica (cfr. *op. cit.*, p. 186), pues su conducta no variará gran cosa, aunque Lesage pretenda hacernos creer lo contrario. Las reflexiones morales de Gil Blas se alternaron entonces con los hechos concretos que, dada su posición, se ve obligado a ejecutar. Y lo curioso es que

Lesage no descalifica ninguna de las dos actitudes de su personaje; ni le toma por hipócrita, como tampoco deja de hacerle creer que ya está instalado en el camino de la perfección espiritual. Lo que pretende Lesage es legitimar simultáneamente las dos maneras en que ahora vemos a Gil Blas. Tal contradicción no enriquece dialéctica o dialógicamente la novela, sino que la hace francamente intolerable mucho antes de que se vislumbre el final, y, al cabo, como toda bastardía, termina por mostrar el cobre, su mezquina razón de ser; como puede verse en las siguientes reflexiones de Gil Blas, provocadas por el requerimiento que se le hace de volver a servir al rey como alcahuete: "De esta manera pretendía Su Excelencia dorarme la píldora que tragué lo mejor que pude, mas no sin sentir un poco su amargura, porque después de mi prisión me había acostumbrado a ver las cosas por el lado de la religión y del honor; y el empleo de Mercurio en jefe no parecía tan honrado como me lo querían persuadir. No obstante, aunque ya no era tan vicioso que le pudiera ejercitar sin mucho remordimiento, tampoco era tanta mi virtud, que tuviese valor para no aceptarle. Obedecí, pues, al Rey con tanto mayor gusto, cuanto ya estaba seguro de que no desagradaba en ello al Ministro, a quien en todo y por todo deseaba complacer" (p. 469).

Se trata, simple y llanamente, de la *moral del éxito* que justifica el arribismo; y hay que señalar de nuevo que su formulación literaria coincide, en Europa, con el apuntalamiento del capitalismo y de la clase burguesa. No es de extrañar que allá se la considerase

entonces seguramente a causa de la empatía que provocó esta novela entre sus contemporáneos una moral "práctica" o "realista": "este libro es tan moral como la misma experiencia", repite Saint-Beuve en 1854. Muy distintas deben de ser las causas de su amplia aceptación en el mundo hispánico (se conocen, de la traducción del padre Isla, cincuenta y seis ediciones anteriores al siglo XX). Entre ellas habrá que considerar la moral explícita y facilona que predica, con la cual embota el filo crítico de la picaresca auténtica; "obra llena de moral", está entre las lecturas que un Manuel Payno muy paternalista recomienda a las mujeres; Fernández de Lizardi la había incluido también en una lista de "primorosos satíricos" recomendables. Pero qué más, si el mismo padre Isla la elogia en su prólogo porque permite hacerse, según él, "las reflexiones más sólidas, y más conformes a la natural honestidad, y a la moral evangélica" (!) (p. 7). Vaya que si se tragaron la píldora.

Aunque se trata de una de esas obras que, al formar parte de un complejo movimiento de cambio en los patrones literarios, contribuyó a la ampliación del público lector de novelas y al establecimiento de un mercado literario; visto de otro modo se consume en ella, respecto de la tradición de que proviene, un hecho que expresa con absoluta claridad una palabra de origen francés, la mistificación de la picaresca, del verbo *mystifier*, en la acepción que registra el diccionario de la Academia para *mistificar*, como "falsear, falsificar, deformar", la cual genera de sí la otra de "engañar, embaucar" •